

las fiestas rosaristas y el epistolario sentimental del maestro, el amigo y conductor espiritual.

Por eso, y ante la dimensión de su figura y su obra, la nación, las entidades culturales y en especial los rosaristas, hoy evocan al siglo de su advenimiento al mundo, a Monseñor Carrasquilla como a un colombiano inolvidable y un forjador de la cultura nacional.

(Tomado de *El Tiempo*, diciembre 18 de 1957).

MONS. CARRASQUILLA

Por SILVIO VILLEGAS

La persona venerable de Monseñor Rafael María Carrasquilla se presenta en el día centenario de su nacimiento a la gratitud y a la imitación del pueblo colombiano por los insignes servicios prestados a la juventud, a la Iglesia y a la patria, y por las heroicas virtudes que lo destacaron como mensajero de Cristo. De cuna ilustre, descendiente de familias proceras, consagró íntegramente su vida al estudio, a la educación y al servicio de Dios y de Colombia. Fue por excelencia un escultor de almas. Durante cerca de cuarenta años regentó el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que honró con su sabiduría, y al cual consagró páginas imperecederas como las columnas de su claustro.

Monseñor Carrasquilla recibió en sus primeros años la consagración sacerdotal el 8 de septiembre de 1883, de manos del Ilustrísimo señor Carlos Bermúdez, Obispo de Popayán, y obtuvo, más tarde, por especial privilegio pontificio el grado de doctor en Teología. Fue Ministro de Educación Pública en la administración Caro, prelado doméstico de Su Santidad, y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Vivió en santo recogimiento, entregado a la meditación y al estudio, a las prácticas piadosas y a las actividades docentes, como Fray Luis en los claustros de Salamanca.

El más atractivo aspecto de su personalidad fue el patriotismo. La sangre de sus antepasados, el recuerdo de la gesta emancipadora y el coro magnánimo de los héroes que salieron de las aulas donde adoctrinaba a sus discípulos para integrar el martirologio de la libertad, iluminaron en su corazón la imagen de la patria. Por la escala fatídica veía descender las venerables sombras de Francisco José de Caldas, de Camilo Torres, de Joaquín Caicedo, de Cabal, de D'Elhuyar, de Girardot y de Ricaurte, de los padres, libertadores y

fundadores de la República. La patria tenía para Monseñor Carrasquilla un cuerpo y un alma, la tocaba con las propias manos que alzaban la custodia, y creía como Sófocles que idealmente estaba incluida entre las grandes leyes del mundo. Con labio ambroseico cantó sus glorias y celebró su nombre. Hermosamente decía:

“La patria es nuestra madre. Nos engendró en su seno, somos pedazo de sus entrañas, carne de su carne, hueso de sus huesos; ella nos crió en su pecho, nos abriga bajo su bandera sin mancha, nos da su nombre, el de colombianos, que yo no cambiaría por otro alguno; nos hace partícipes de sus laureles y triunfos; hermanos de sus sabios, sus poetas, sus estadistas, sus héroes y sus mártires. El amor a la patria es virtud, es deber imperioso de moral y de moral cristiana; Jesucristo quiso anunciar antes que a nadie la buena nueva del Evangelio a las ovejas de la casa de Israel, y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén como lloró sobre el sepulcro de Lázaro, su amigo. San Pablo se gloria en sus epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas, con ser el pueblo judío nación deícida, reprobada de Dios.”

Exaltado por el amor a Colombia fundió en las soberanas matrices de su estilo las imágenes de sus héroes. En el álbum de San Pedro Alejandrino y en su última oración fúnebre, escribió con emoción casi religiosa: “Bolívar es el mayor amor de mi alma, después de Dios y a la par de mi patria y de mis padres”, y para celebrar sus hechos pedía el acerado estilo de Tácito o la caudalosa elocuencia de Marco Tulio. “Entre los guerreros que llenan con su nombre y la relación de sus hazañas los volúmenes de la historia, sólo Alejandro, Julio César y Napoleón pueden compararse con Bolívar. Mas ellos fueron conquistadores, al paso que él fue, por excelencia, el libertador de un mundo.”

Nariño, Girardot, Ricaurte no han encontrado más elocuente panegirista.

Formado en la filosofía escolástica, al calor de las enseñanzas de Santo Tomás y de Suárez, como la generación libertadora, proclamaba con San Pablo que “los cristianos no hemos recibido espíritu de servidumbre para obrar únicamente con temor; que la razón humana es participación de la luz divina; que la ley es ordenación de la razón, no de la fuerza ni del capricho, ni del interés, ni del número; que los gobernantes son los que cuidaban de la comunidad, no los que la dominan y avasallan; que el pueblo tiene sobera-

nia de Dios, y que todo mandatario alcanza su autoridad del consentimiento popular tácito o expreso.”

Campeador de la libertad y del derecho sus escritos corrieron abundantes en nuestra honda para golpear a la dictadura depuesta el 10 de mayo.

En el Colegio de Nuestra Señora del Rosario y al fuego de sus enseñanzas se formaron varias generaciones que han honrado a Colombia con la solidez de sus conocimientos y la firmeza de sus virtudes democráticas. Entre sus discípulos se han destacado el Cardenal Arzobispo Luque, el Obispo Brigard, Alberto Lleras, Darío Echandía y Eduardo y Alberto Zuleta Angel, José Antonio Montalvo, Luis María Mora, los hermanos Lozano y Lozano, José Manuel Saavedra Galindo, Villegas Restrepo, los Arias Mejía, Antonio Rocha, Eleuterio Serna, Alejandro Bernate, Serrano Blanco, Mesa Machuca, Martínez Pérez, Barriga Villalba, Santamaría Caro, Corpas, Huertas y Rico, para citar los primeros nombres que acuden a nuestra memoria. Liberales y conservadores, sin discriminación alguna. Carrasquilla exaltaba esta noble tradición del claustro, que entraña tolerancia y patriotismo. No en vano por las aulas de Fray Cristóbal de Torres habían desfilado en tiempos pretéritos centralistas y federalistas, caudatarios de Santander y de Bolívar, católicos y agnósticos, lo que hace de este colegio el santuario de la República.

Severa disciplina le imprimió al claustro no por el rigor de las sanciones, a las cuales era ajeno, sino por la majestad y el respeto que inspiraban todos sus actos.

Escribía en prosa clásica, de severidad latina y de gracia jónica. Cada uno de sus panegíricos es perdurable monumento. Allí está la historia de Colombia relatada en buena lengua.

El nombre de Carrasquilla pertenece al Partenón del pensamiento colombiano, es una de las columnas sustentantes de la Iglesia en América y es fanal indeficiente en el cielo de nuestras más puras glorias.

(Editorial de *La República*, 18 de diciembre de 1957).